

## Recensiones

Juan Ramón Moreno, *Evangelio y misión*. San Salvador: UCA Editores, 1990, 128 páginas.

Me han pedido que como religiosa presente este libro que contiene artículos, charlas y conferencias que el Padre Juan Ramón Moreno dejó por escrito. Personalmente he considerado esta invitación como una gracia, además de un gesto que entraña mucha confianza.

No me voy a detener a presentar la figura y la personalidad del Padre Juan Ramón Moreno, porque creo que otros lo podrían hacer mejor y con mayor exactitud, y porque lo que se trata es de destacar que su obra apostólica no ha terminado con su asesinato, ocurrido hace apenas un año; su trabajo sencillo y profundo seguirá dando frutos.

El significado, el alcance y los límites de un trabajo, como son estos artículos y charlas se clarifican a medida que se conoce su nacimiento, su génesis. La pre-historia de un texto es un elemento para su comprensión y, tal como lo explica el P. Rodolfo Cardenal en la "Presentación" de este libro, el Padre Juan Ramón Moreno "escribió muy poco, su carisma era la palabra predicada, enseñada en clases, explicada en charlas y conferencias, conversada en la intimidad".

Los que nos beneficiamos y gozamos con su palabra clara, precisa, a veces "vehemente y fuerte", sentíamos que nacía de un convencimiento profundo, un fruto que había madurado a lo largo

y ancho de una experiencia espiritual. Tuve la suerte de hablar con él, algunas veces largamente, otras en intercambios rápidos. Cuando nuestra congregación quiso hacer una evaluación de nuestras obras apostólicas a nivel nacional, el Padre Juan Ramón Moreno analizó situaciones y hechos para ayudarnos a descubrir, mediante un discernimiento personal y comunitario, cuál era la voluntad de Dios, en vista a un mejor servicio.

Si cito este hecho personal, es porque creo, sin posibilidad de error, poder afirmar que el Padre Juan Ramón Moreno era un maestro del espíritu; su misión fue escuchar y animar a muchas personas; los testigos de esa misión se encuentran diseminados en Panamá, Guatemala, El Salvador, y en Nicaragua sobre todo; aunque en los últimos años, su palabra, su entusiasmo y su convencimiento sobre el carisma propio de la vida religiosa en la Iglesia lo llevaron hasta el Canadá.

Sus numerosas charlas, que habrá que seguir publicando, no como mero recuerdo sentimental, sino como una contribución valiosa a la reflexión teológica sobre la vida cristiana y religiosa, de la Iglesia latinoamericana, partían de esa experiencia religiosa profunda de un hijo de san Ignacio —era la búsqueda, en la fe, de la voluntad amorosa del Padre *para todos sus hijos*.

Estos artículos, trozos de la personalidad fuerte y equilibrada del P. Moreno, como podrán com-

probarlo los lectores, tienen un contenido en clara consonancia con la problemática, que nuestros países latinoamericanos confrontan en estos momentos, con respecto a opciones y orientaciones de los cuales no se puede prescindir en la vida religiosa ni en la praxis cristiana.

¿Qué es lo que da unidad a esta serie de artículos, escritos entre 1977 y 1988? Dos cosas: la vida religiosa y la espiritualidad, que han sido, en realidad, los dos campos concretos de la acción apostólica del P. Moreno. Vida religiosa y espiritualidad, pero con aspectos y núcleos de una claridad meridiana.

En nuestro continente, que lucha por la vida, una vida más plena para millones de latinoamericanos, sometidos a condiciones inhumanas, en quienes la imagen de Dios "está ensombrecida", como nos dice Puebla en su número 1142, la vida religiosa y la espiritualidad tienen núcleos propios, alrededor de los cuales todo cobra sentido y cuerpo, consistencia y credibilidad.

El Dios en quien creemos es el Dios de la vida, y nuestra fe en El nos lleva a asumir la causa de la vida. Por eso, el primer caso claro para el P. Juan Ramón Moreno es: "...discernir la calidad de nuestra fe..." y "...la justicia como ángulo privilegiado". "La fe debe ser operativa y traducirse en un asumir dentro del pueblo de Dios, el proseguimiento de la misión de Jesús". Es un primer paso, pero de una calidad transcendental. Esta actitud de continua búsqueda de lo que debemos hacer y decir, en cumplimiento de la misión, es el discernimiento, aspecto fundamental de la espiritualidad ignaciana.

Para el Padre Moreno, "el discernimiento espiritual busca precisamente descubrir, entre las diversas alternativas que en un momento determinado se presentan, cuál es la acción que responde a la voluntad de Dios". Para él era de una diáfana claridad: "Voluntad de Dios será lo que más contribuye a una mayor justicia, haciendo así posible el crecimiento del reino de Dios". Así de sencillo y así de exigente.

Pero esa sencillez y esa exigencia, no son fá-

ciles de realizar. El P. Moreno era espiritual y era realista: "... a no ser que querramos contentarnos con una percepción ingenua de las cosas, que nos llevará a decisiones también ingenuas e ineficaces, es necesario conocer esa realidad social y conocerla profundamente. Es el primer paso de todo discernimiento cristiano". "Sin ese conocimiento no hay ninguna garantía que las opciones pastorales que se tomen...", no sean "...opciones tomadas a ciegas".

Vamos encontrando en el P. Moreno características que marcan un estilo de espiritualidad que es propia de nuestras tierras, porque si es verdad que el cristianismo ha sido liberador, a causa de Cristo, y que toda espiritualidad de suyo es liberadora; sin embargo, lo que ha ido cambiando a través de la historia son los contenidos humanos y sociales en que se expresa la libertad del evangelio. Es lo que varios teólogos nuestros ya han llamado una espiritualidad de la liberación. En este sentido, la experiencia cristiana de los latinoamericanos, insertados en la transformación del continente, se da en un contexto de liberación de todo tipo de opresiones temporales.

Por esto, el P. Moreno nos lleva, paso a paso, en sus escritos y charlas, al discernimiento de las mediaciones, en el proceso espiritual: "es evidente que la visión de la realidad y las consecuentes alternativas que de ella brotarán para la praxis social serán distintas...", según el instrumento que tome para hacer ese análisis, pero para el P. Moreno el criterio de discernimiento de las mediaciones está claro: "¿qué mediaciones nos ayudan más, por un lado, a descubrir los mecanismos que empobrecen, oprimen, esclavizan, y por otro lado, a hacer viables los caminos que liberan, hacen justicia, dan participación a esos abandonados de la historia?" "Es la misma praxis histórica examinada y evaluada desde la fe y la solidaridad con el pobre la que nos hará ir descubriendo, en auténtico discernimiento, cuáles son las que se van mostrando de hecho como las más eficaces en la búsqueda de la justicia."

Este libro, que no es voluminoso, puede ser un elemento facilitador de nuestros discernimientos

personales y comunitarios en la vida cristiana y religiosa, a condición que nos dejemos llevar sinceramente por un camino, digámoslo con sinceridad, que nos da miedo. La vida religiosa recibe del continente latinoamericano una configuración particular, unos desafíos, una cultura, unas aspiraciones y un proceso histórico que hay que iluminar desde el evangelio.

Para la vida religiosa, el impulso y la fuerza para vivir nuestra consagración nace de una larga contemplación y conversión a Cristo, nacido en un pueblo insignificante a los ojos del mundo, que se ha identificado con los pobres..., los proclama dichosos y anuncia que el reino de los cielos les pertenece. Como Cristo, que se estremeció de compasión ante la muchedumbre, debemos dejarnos afectar por la situación de la inmensa mayoría de los hombres que sufren hambre y viven en la miseria; nuestra pobreza debe ser un camino de solidaridad y de servicio.

Después de los años de inquietud y búsqueda, la vida religiosa, desde los diversos carismas, ha tomado posición. Nadie puede huir del desafío de la opción por los pobres. La neutralidad o la indiferencia están excluidas. Todo esto estaba claro para el Padre Juan Ramón Moreno, y lo supo impulsar desde su cargo de presidente de la Confederación de religiosos de Nicaragua: "La vida religiosa apunta toda ella a la realidad misma a que apunta la vida de Jesús a quien seguimos". E insiste: "Una vida que se especifica por el seguimiento, y un seguimiento radical de este Jesús no puede tener sentido sino en el pro-seguimiento de esa misma misión". "La vida religiosa debe, junto con la Iglesia de que forma parte, salir al encuentro del mundo al que tiene que evangelizar y servir". "Ni siquiera la vida contemplativa puede suponer cortar radicalmente con el mundo, con el apostolado. Significaría cortar con la base y fundamento de toda vida religiosa que sea cristiana".

Para él, la vida religiosa: "nace como protesta contra los valores y estructuras del mundo, nace como búsqueda de lo radical del evangelio... La vida religiosa debe ser, con su peculiar forma de existencia cristiana, profecía que apunta continua-

mente al verdadero sentido de la Iglesia, y llama a la no instalación, a buscar siempre el más adelante".

Pero, ¿dónde está la raíz que hace nuestra vida radicalmente evangélica? "No hay duda —dice el P. Moreno— que los pobres son el lugar donde por antonomasia debería ubicarse la vida religiosa, para desde ahí realizar su carisma de profecía". "Los votos religiosos se ven ante todo como consagración al Cristo pobre, identificado con los pobres; votos que consagran liberando de la instalación y el exclusivismo para hacer cristianos disponibles y asequibles a todos".

El reto que se nos plantea es ¿a qué conversión nos llama el Señor, como religiosos, dentro de la Iglesia, para ayudarla a hacerse cada vez más Iglesia de los pobres? Ya en 1977, liberación, ejercicios espirituales y opción por los pobres estaban estrechamente vinculados para el P. Juan Ramón Moreno. En sus múltiples tandas de ejercicios espirituales, lo que iba impulsando era un cambio profundo, un proceso de transformación, no etérea, ni abstracta, sino concreta; un compromiso histórico a la luz del evangelio. Y el primer momento era "liberarse", "estar libre de pre-determinaciones y condicionamientos que coaccionan la decisión. Tenía necesidad el cristiano de tomar conciencia de que estaba alienado. Esclavo y juguete de sus propias tendencias instintivas... y por el lado de los valores mundanos —antítesis de los auténticos valores del reino— internalizados y actuantes en la persona".

A lo que el Padre Juan Ramón llevaba era hacia un camino de libertad, esa libertad que se conquista paso a paso. Para él, "la vida cristiana y religiosa debe pasar por el doble proceso de liberación: opción personal por la liberación y el momento comunitario de la acción solidariamente liberadora". Y, "el primer paso para la liberación es tomar conciencia de las cadenas invisibles que no resultan fáciles de desenmascarar". Para el Padre Juan Ramón, "la conversión no consiste en realidad, sino en un continuo proceso en que, a través de sucesivos encuentros con el Señor, hago mi fe menos periférica y más interior... y a medida que

esa fe, esa opción afecta más el núcleo de mi persona, una nueva luz cae sobre el sentido de la existencia; las cosas se miran de otra manera, y surge una nueva mentalidad, —que exige a su vez una reorientación y reestructuración de mi vida”.

En su artículo publicado en 1977 y que este libro recoge, el P. Juan Ramón plantea los peligros que amenazan a esta espiritualidad y opción fundamental. Uno está tentado a preguntarse, ¿será posible que después de unos ejercicios espirituales, después de una conversión, se puedan encontrar peligros y amenazas? Deberíamos quizás preguntarnos, ¿por qué nuestros retiros tienen tan poca fuerza transformadora en nuestras vidas? El Padre Juan Ramón apunta con claridad esos peligros. El primero consiste en “que el Cristo por el que optamos sea un Cristo deformado, un falso Cristo”. “El Cristo auténtico es el Cristo de la pobreza, el Cristo de la cruz oprobiosa, el Cristo del anonadamiento”. El segundo peligro consiste en “que a la hora de concretizar lo que el seguimiento de Jesús me exige en un momento dado sutilmente desplace el horizonte de decisión hacia mi propio yo inmaduro”. Ahí está “la pobreza actual” de la que habla san Ignacio. Pobreza que es “así como expresión y piedra de toque de la actitud radical de la libertad frente a uno de los más poderosos condicionamientos que deforman las decisiones humanas”. El tercer peligro, quizás el más sutil, “es la falta de fuerza impulsora, la carencia de ese arrebato vital que hace crecerse ante la prueba y mantiene la esperanza contra toda esperanza”; “... que la adhesión afectiva a la persona de Cristo no tenga mordiente suficiente y, ante la dificultad, caiga uno en la tentación de evadirse o esconderse tras sutiles racionalizaciones”.

¿Utopía? Quizás, dice el Padre Moreno, “... pero es entonces una utopía fundamental en la línea del seguimiento de Cristo, y con serias repercusiones prácticas en nuestros criterios de discernimiento”. “Nos preguntamos ahora si es posible una mayor concreción de lo que esta opción por Cristo significa hoy y aquí para nosotros”. “La respuesta es sí. Hay una concreción que cada vez ha ido tomando cuerpo en la conciencia de la Igle-

sia... y yo agrego de la vida religiosa..., y que tiene una relevancia especial en nuestro mundo de América Latina. Parte del hecho que ese Cristo por el que optamos es el Cristo que se identifica con los pobres de este mundo. Un Cristo que no es neutral frente a pobres y ricos. Hay una clara parcialización evangélica que lleva a los pobres”. El Padre Moreno repite, convencido, “no se escoge una pobreza en sí, ahistórica; se elige compartir la pobreza misma de Cristo. Es parcializarse hacia una forma concreta de vivir mi identificación con Cristo, la de Cristo que sufre pobreza y humillación. Este debe ser un criterio actuante en nuestras decisiones personales y comunitarias...”. “En nuestras decisiones tenemos que parcializarnos hacia la elección de aquello que actual y realmente nos inserta en el mundo de los pobres”.

La orientación del P. Moreno no se presta a confusión, pero dada la situación real que viven nuestros pueblos latinoamericanos, esa opción comporta riesgos reales, que aunque no nos lleven directamente a una muerte cruenta, es adentrarse en un camino real de despojo, es un contarse entre los pequeños y los débiles y sufrir con ellos la indiferencia y el desprecio que es lo que con frecuencia les toca en suerte.

El Padre Moreno sabía muy bien que por este amor apasionado por Jesucristo, sin componenda alguna, que lleva a pedir y ponerse “debajo del estandarte de la cruz”, el apóstol sufrirá persecución, y que esa será la señal de la autenticidad de su seguimiento tras las huellas de Jesús pobre y humillado. Por eso, en otro artículo de 1980, insistió en los rasgos fundamentales de la espiritualidad cristiana, si es que quiere ser fiel a los caminos por los cuales el Espíritu está moviendo a la Iglesia latinoamericana, “...no es cualquier Cristo el que debe inspirar y ser fundamento de nuestra espiritualidad”. “Es una espiritualidad que busca en la Sagrada Escritura luz y alimento”.

Una espiritualidad que debe “evitar un espiritualismo de evasión que falsea esencialmente lo que es una espiritualidad cristiana”, que debe buscar el impulso “hacia el mundo como lugar de la

historia ...así, el campo de la vida social, económica, política, se convierten en el lugar donde la espiritualidad debe realizarse, porque a esos campos nos lleva el Espíritu de Jesús a luchar por la causa del reino. Ante el pecado, ausencia de justicia y amor que impera en esos campos, no cabe una pasiva resignación, no sería cristiana". "Debería cada cual (laicos, religiosos y sacerdotes) dentro de su carisma, ahondar los cauces de una espiritualidad que no saque del mundo sino que, siguiendo la dinámica de la encarnación, lo lleve a él, pero sin perder su peculiar identidad cristiana y eclesial, con ojos y actitudes que le hagan descubrir en cuanto hace la presencia del Señor, porque ejerce su acción como una respuesta existencial a la voluntad del Padre, discernida desde la fe en cada situación".

Los aspectos más relevantes que encontramos en este primer libro del P. Moreno, sobre la espiritualidad, están lejos de relegar al místico al cielo imperturbable de una interioridad poblada de sueños, sin contenido ni presencia en el mundo. Espíritu e historia, cielo y tierra, contemplación del rostro de Dios y acción por la justicia, no son planos que se contraponen. En nuestras tierras latinoamericanas se conjugan, se vitalizan mutuamente, llevando a los cristianos y a los religiosos, hacia caminos duros, y a veces peligrosos, pero que sobre todo mantienen la fuerza profética que da credibilidad a las generaciones jóvenes que quieren comprometerse radicalmente en el pro-seguimiento, como decía el P. Moreno, "el pro-seguimiento de Jesús de Nazaret, hoy y aquí".

Como la experiencia de Dios no se agota, la inteligencia que de éstas páginas brota no se detiene, y la palabra en que fructifica lleva en sí misma tanto riqueza de vida y luz, como pobreza y oscuridad. La experiencia progresiva que los lectores de este libro harán, irá profundizando y alargando la comprensión, y mantendrá viva la acción del P. Juan Ramón Moreno en estas tierras latinoamericanas que recibieron sus trabajos, sus sudores y su sangre.

H. Inés Fernández

Ignacio Ellacuría. *Filosofía de la realidad histórica*. San Salvador: UCA Editores, 1990, 606 páginas.

Esta obra constituye, sin duda, el más ingente trabajo intelectual de Ignacio Ellacuría en el campo de la filosofía y representa, por su calidad y contenido, una pieza clave para comprender su producción estrictamente filosófica y su pensamiento socio-político y teológico.

Escribió este libro en Madrid, durante su primer exilio, a finales de los setentas. La preocupación que lo movió a escribir era el sujeto de la historia. Quería aclarar quién movía la historia, pues sabiendo quien es el sujeto se podría actuar sobre él para transformar la historia. Su preocupación profunda era encontrar la manera para cambiar las estructuras injustas.

A su regreso a San Salvador trajo el inmenso manuscrito; pero él ingresó sin el texto. Un ingeniero lo trajo consigo y tuvo que explicar a los policías de hacienda cuál es el sujeto de la historia, y como él mismo dice, riéndose, y también la historia del sujeto. Ellacuría guardó el texto, para terminarlo luego. Después, en 1984, aceptó reproducirlo en varios cuadernos de clase, que él mismo explicó a sus alumnos.

El libro contiene el material publicado en esos cuadernos. El principal problema de la edición lo ha constituido la reconstrucción del aparato crítico, el cual se había extraviado ya en vida de Ellacuría. El texto, sobre todo en sus primeras partes, contiene muchas citas, bastantes de ellas en francés, alemán e inglés. Estas han quedado tal cual, porque así lo quería él, para demostrar a sus detractores que sabía filosofía y que, además, citaba en las lenguas originales. Los lectores podrán encontrar las respectivas traducciones en las notas. La reconstrucción del aparato crítico la ha hecho con gran rigor y cariño Antonio González.

El libro debía haber abarcado varios capítulos, además de los cuatro contenidos en estos cuadernos. En efecto, en 1987 dictó un curso sobre "el sujeto de la historia", destinado a continuar lo publicado hasta entonces y del cual por desgracia

solamente llegó a elaborar unos sucintos esquemas de clase. La síntesis de todo estaba en un apretado diagrama trazado en una página, que mostraba con orgullo. Otros dos capítulos, uno sobre el sentido de la historia y otro sobre la praxis histórica de la liberación no llegaron nunca a ser escritos. Aunque, ciertamente, la obra quedó trunca, esto no significa que carezca de valor. Al contrario, disponemos del grueso de su proyectada obra y, lo que es más importante, lo que ahora presentamos goza de unidad lógica y de relevancia filosófica.

La relevancia de la obra filosófica de Ignacio Ellacuría no está en éste o en cualquier otro contenido concreto de sus reflexiones filosóficas, sino más bien en el carácter mismo de su tarea filosófica. Y es que, estrictamente hablando, hay que comenzar diciendo que Ignacio Ellacuría no construyó una filosofía, no elaboró un sistema filosófico tal como esto se entiende habitualmente en la historia de la filosofía. Sin embargo, podemos afirmar sin miedo a caer en el panegírico fácil que el carácter mismo de sus diversas tareas intelectuales fue filosófico, que Ellacuría fue un filósofo en un sentido pleno de la expresión.

Lo característico de la labor intelectual de Ellacuría no consiste tanto en haber puesto la praxis histórica de liberación en el centro de sus reflexiones filosóficas, sino en haber hecho de la filosofía un elemento constitutivo de una existencia dedicada a la liberación de las mayorías populares. Ellacuría mostró con su vida, y también con su muerte, que la función social de la filosofía no es primeramente una función académica, y mucho menos una función legitimadora de uno u otro poder, sino —al menos como posibilidad— una función liberadora. Y es que esta función liberadora no consiste, en primer lugar, en la transmisión de una determinada filosofía, de una determinada tradición o de unos determinados conocimientos filosóficos.

La función liberadora de la filosofía consiste, primero, en acompañar filosóficamente el difícil proceso histórico de los pueblos del tercer mundo, situándose parcialmente del lado de quienes tratan

de impedir que triunfe la muerte y del lado de la nueva vida que, a pesar de todas las dificultades, pugna por nacer.

En segundo lugar, la función liberadora de la filosofía consiste en ser una labor crítica, porque la opción filosófica por la vida conduce al enfrentamiento con muchas ideologizaciones —filosóficas y no filosóficas— que presentan el dominio de la opresión violenta y de la muerte como un sistema de libertad y de democracia. En esta tarea desideologizadora, Ellacuría invirtió sus no pocas cualidades intelectuales, su fina y mordiente ironía e incluso su buen conocimiento de las viejas armas de los sofistas, todo ello puesto ahora al servicio de las mayorías populares.

Ellacuría llama realidad histórica al último estadio de la realidad, en el cual se hacen presente todos los demás estadios. Es la realidad entera asumida en el reino social de la libertad; es la realidad mostrando sus más ricas virtualidades y posibilidades. Por eso habla de realidad histórica y no simplemente de historia, pues la realidad histórica abarca todas las demás formas de libertad (realidad material y biológica, realidad personal y social), sobre las cuales está subtendida dinámicamente, a la vez que en la realidad histórica es donde los otros tipos de realidad dan más de sí y donde alcanzan su mayor grado de apertura: en la realidad histórica se nos da no sólo la forma más alta de realidad, sino también el campo abierto de las máximas posibilidades de lo real.

Desde esta perspectiva se entiende bien el título del libro *Filosofía de la realidad histórica* en cuanto análisis de la presencia en la historia de las demás formas de realidad y de los demás dinamisismos.

Desde aquí se vislumbra también lo que Ellacuría entendió por una posible filosofía de la liberación. Esta consistiría ante todo en una reflexión sobre la praxis histórica, porque es justamente en la historia donde se actualizan las próximas posibilidades de lo real, en concreto, la posibilidad de una progresiva liberación integral de la humanidad.

En este sentido, este libro ofrece claves importantes para entender esta evolución de su pensamiento. Se puede decir que el libro constituye un verdadero intento para fundamentar el concepto teórico de praxis histórica a partir del análisis estructural de los elementos que la integran, desde la materia hasta la persona, desde el individuo hasta la sociedad.

Ahora bien, el estudio de estas notas constitutivas de la realidad histórica, si bien es inexcusable para una recta comprensión de la misma, no agota lo original de la historia ni su constitutiva creatividad. La praxis histórica no es reducible ni a las leyes del mundo natural ni a los saltos dialécticos de un presunto espíritu. La praxis humana, en cuanto apropiación y transmisión tradente de posibilidades, es la categoría más apropiada para comprender la originalidad de lo histórico. El desarrollo de esta tesis de raigambre zubiriana es el principal aporte de Ellacuría.

#### Rodolfo Cardenal

Segundo Montes, *El Salvador 1989. Las remesas de los salvadoreños en los Estados Unidos: consecuencias sociales y económicas*, San Salvador: UCA Editores, 1990, 160 páginas.

La investigación de Segundo Montes, que hoy se publica póstumamente, ha sido el resultado de un proceso largo, que requirió un período de maduración y de preparación, que más tarde se convirtió en una obsesión más de Segundo. En enero de 1983, a propósito de un escandaloso robo de cheques y de *money orders* en la oficina de correos de San Salvador, discutimos sobre la importancia de escribir en ese momento sobre la migración de los salvadoreños a Estados Unidos. El resultado de aquella discusión fue un breve comentario que escribimos para *ECA*. Allí sostuvimos muy intuitivamente las ideas básicas que Segundo desarrolló posteriormente: las remesas constituyen un importante flujo de divisas, tanto para las familias pobres como para la economía del país, y eran una posibilidad de sobrevivencia para ambos, para las familias pobres y para el país. Desde entonces, se fijó en la mente de Segundo la idea de profun-

dizar en el tema. En aquel momento, estaba desarrollando un proyecto de investigación de los refugiados y desplazados, quienes ya se habían convertido en un problema de gran envergadura, el cual estaba modificando la estructura social del país.

La investigación sobre los desplazados la publicó en 1985. En 1986 hizo otra investigación sobre las soluciones para el problema de los desplazados y refugiados salvadoreños. Esta fue la tónica de la producción intelectual de Segundo, desde entonces siempre analizaba seria y objetivamente la realidad social y luego hacía propuestas para resolver los problemas estudiados. Sus estudios, serenos y objetivos, contruidos científicamente, no tenían fines exclusivamente académicos, y menos los hacía por mera curiosidad científica, sino que trataban de encontrar soluciones a los graves problemas nacionales. Sus estudios siempre aterrizaron en un contexto de solución utópica.

En 1987 se consideró preparado para estudiar la migración de los salvadoreños a Estados Unidos. Cuando se percató que junto a la población de refugiados y desplazados había una parte importante de la población, con características distintas, que migraba, el tema lo obsesionó. Esta población migraba por la agudización del conflicto y por la ausencia de oportunidades económicas. Una vez en Estados Unidos, manda de regreso a El Salvador una importante cantidad de dólares, "arrancados a los norteamericanos en base a la super explotación, a la discriminación, dejando, en la mayoría de los casos, en esta faena, no sólo la dignidad, sino hasta la vida" (*ECA*, 1986, 447-448). Estos recursos económicos representan a veces la única posibilidad para sobrevivir para una buena parte de los salvadoreños.

Los datos de 1987 cayeron como una bomba en los círculos políticos y académicos del país. Segundo sostenía que más de un millón de salvadoreños estaban viviendo en Estados Unidos y que, en promedio, enviaban cien dólares mensuales. Las cantidades totales eran muy significativas. Hubo muchas críticas contra su hallazgo, sobre

todo por parte del gobierno salvadoreño y de la embajada norteamericana. Casi todas estas críticas obedecían a posiciones ideológicas previas que trataban de encubrir la magnitud del fenómeno. Los datos de Segundo estaban contruidos de manera rigurosa y bastante objetiva. La investigación le había supuesto una gran cantidad de trabajo y de esfuerzo.

Al final, la historia le ha dado la razón. Aquella investigación tuvo su importancia coyuntural, porque hasta entonces nadie le había prestado atención al fenómeno, pese a que los salvadoreños seguían saliendo y no dejaban de enviar dólares. Esto es un ejemplo de cómo Segundo sabía escoger los temas más importantes en cada momento; su capacidad provenía no sólo de su intuición, sino también de su profundo conocimiento de la estructura de la realidad social. En otros lugares se ha afirmado que Segundo Montes era quien más y mejor conocía directamente la realidad social, no sólo a través de libros y documentos, sino también por la experiencia vivida, en medio de la gente y de las comunidades.

Pues bien, los datos de 1987 sólo eran el comienzo de la exploración del fenómeno. En 1988, hicimos juntos un pequeño libro, publicado por la Universidad de Georgetown, en el cual sintetizamos los resultados de la investigación *El Salvador 1987*. En ese año, Segundo, por encargo de la CEPAL, hizo una tercera investigación, más pequeña, sobre el tema. Los datos llevaban a la misma conclusión y demostraron que Segundo tenía razón y que las críticas hechas eran interesadas, parcializadas e ideologizadas. Las siguientes investigaciones y el contacto directo con la gente fueron demostrando que sus hallazgos eran correctos y justos. En cada conferencia, en cada entrevista, Segundo afirmaba que sus datos no eran inventados, ni tenía por qué inventarlos, sino que eran el resultado de sus investigaciones. Para concretizar sus argumentos contaba lo que había encontrado en Intipucá, es decir, que el contacto directo con la realidad le daba la razón. De esta manera, la actividad intelectual de Segundo Montes demuestra que la investigación seria y objetiva es la única arma para debatir con rigor.

Sin embargo, Segundo no estaba conforme con los primeros estudios, sabía que le faltaba mucho por explorar y profundizar. Estaba consciente de los vacíos y de las limitaciones de la primera investigación (era la primera que se hacía sobre el tema). Por ello decidió realizar una segunda investigación más profunda, asumiendo otra perspectiva y otro tipo de análisis. Así, pues, se dedicó a estudiar las consecuencias sociales y económicas de la migración de los salvadoreños a Estados Unidos, el impacto de las remesas que enviaban y las alternativas para usarlas productivamente, en orden a posibilitar y potenciar el desarrollo económico y social del país.

Siempre mantuvo su rigurosidad metodológica y siempre fue a la realidad empírica para fundar en ella sus afirmaciones y conclusiones. Tal como lo decimos en el "Prefacio" de la obra que presentamos, "Segundo no tenía ningún temor de presentar los datos tal y como se objetivizan en la realidad y de llamar a esta por su nombre, sin importarle los riesgos que había que correr. Ser científico social de la talla de Segundo Montes implica estar dotado de una gran valentía. Valentía para soportar las críticas constructivas con humildad y para responder a las parcializadas e ideologizadas con firmeza. Se requiere soportar con estoicismo la represión y la violencia de aquellos que quieren negar la verdad científica o que les resulta incómoda para sus intereses".

En esta investigación, Segundo nos ofrece datos nuevos, calcula de manera aproximada la cantidad de salvadoreños (dato muy importante, dada la ausencia de censo), reafirma y depura los cálculos sobre el monto de las remesas y su impacto en la lógica económica familiar y en su estructura. También proporciona algunas medidas para usar productivamente dichas remesas y afirma que nuestra deuda externa ya está pagada, dada la pérdida de capital humano que ha sufrido El Salvador por la migración de sus habitantes; para Estados Unidos, esta migración significa un beneficio. Además, hay que tomar en cuenta que los trabajadores salvadoreños en Estados Unidos son sometidos a una explotación máxima, recibiendo por ello una remuneración baja. Según sus



cálculos, cada salvadoreño en Estados Unidos produce para dicha nación diez mil dólares de la inversión del capital humano, doce mil dólares al año por producción de riqueza no pagada y 9,600 dólares por consumo de bienes y servicios. Así, pues, las cantidades son elevadísimas, con ellas se ha pagado con creces la deuda externa de El Salvador.

Aquí se demuestra la agudeza y la fuerza de las afirmaciones de Segundo. Con valentía señala aquello que es injusto para las mayorías populares y para el país. El tema de la deuda externa y el impacto económico directo iba a ser la siguiente investigación, que los asesinos de la verdad no le permitieron realizar.

Segundo concluye en este libro lanzando "un reto a la investigación, al cálculo, al análisis del fenómeno en esta dimensión, y a las repercusiones que tienen tanto para la economía del país de origen como para el país huésped, para encontrar caminos de mayor justicia y equidad en las relaciones de intercambio entre países ricos y países pobres, que lleven a soluciones más humanas de la economía internacional" (pág. 146). Este era su derrotero, el que siempre tenía en mente, la consecución de un mundo más humano y más racional, en donde prevaleciera la verdad sobre la mentira y la luz sobre las tinieblas. Y eso lo vivía no sólo a nivel intelectual, sino que también lo vivía en la experiencia cotidiana.

El Salvador era su pasión; la gente humilde y sencilla, su verdadero lugar y hogar; la champa de don Pedro en la comunidad de Santa Marta era para él un lugar muy especial. Su verdadero hogar no estaba en la opulencia y la riqueza, sino en la casa más humilde, donde compartían con él lo que a esa familia le faltaba, un huevo en el desayuno y un fresco en el almuerzo. Para Segundo, éstos eran verdaderos banquetes. Compartir con las familias de Colomocangua era, como lo decía él mismo, un verdadero privilegio que tal vez no merecía. La seriedad y el temple de Segundo se acompañaban con la humildad, la sencillez y la candidez; sus hermosos ojos azules le brillaban

cada vez que terminaba un artículo o una investigación, o cuando nos acercábamos a una comunidad de refugiados o repatriados. Para él, todo esto era una verdadera experiencia de vida. Su trabajo intelectual no estaba al margen de su contacto directo con la realidad, y con la realidad de los más humildes y pobres de éste país, por eso su producción intelectual, que culminó con el presente libro, está impregnada no tanto de elaboraciones intelectuales complicadas, sino de experiencias objetivas de la realidad.

Juan José García

Salvador Carranza, *Mártires de la UCA*. San Salvador: UCA Editores, 1990, 457 páginas.

Para el 16 de noviembre, UCA Editores publicó, en un notable esfuerzo, varios libros de diversa índole. Unos, obras póstumas de los asesinados; otros, recopilación de escritos de alguno de ellos. *Mártires de la UCA* es un homenaje más a los mismos.

El primer mérito del libro fue que saliera para esa fecha y ocasión, y la nota que se stampa al volver la contraportada puede ser el mejor indicador para acercarse y leer el libro. Esto supuesto, añado unas cuantas notas aunque como editor no sea el más indicado. Hago justicia así a los verdaderos autores que con su firma y más sin ella, lo han confeccionado y doy alguna razón de su forma y contenido.

Lleva por título "Mártires" en el sentido amplio usado por la Iglesia y en este caso específico por obispos y cardenales, tal como se constata en el contenido del mismo. Sobre el título los rostros de los ocho mártires, encabezados por Elba y Celine, las domésticas que encontraron la muerte cerca de los sacerdotes. Se abre el libro con el índice pormenorizado. Sigue "A la memoria", a modo de introducción (pp. 13-14), donde se explica la gestación y el alcance, resumidos en la contraportada, y la presentación, jugoso testimonio del padre provincial de la Compañía de Jesús de Centroamérica, rematado por un poema del mismo.

Vienen los siete apartados un tanto equilibrados en su extensión. Se cierra con dos anexos, que, junto con la presentación del padre provincial, constituirán, para los iniciados, la parte más novedosa del libro. El primero de esos anexos está datado el 29 de octubre, apenas una semana antes que el libro viera la luz. Clara indicación de que se gestó contra el tiempo y que la criatura ha resultado sietemesina, ojalá no deforme. Ya desde el "A la memoria" (p. 11), Celina y Elba abren el cortejo, que luego se repetirá en la distribución en los capítulos; lo cierra J. López y López. Entre aquéllas y éste, en estricto orden de edad, los cinco que se hicieron salvadoreños hasta naturalizarse, vivir y desvivirse hasta morir en y por el pueblo indefenso de El Salvador. Es una comunidad en la sangre que une su destino al de tantos salvadoreños sacrificados. Comunidad que, con su vida y su muerte, ha esclarecido para El Salvador y para el mundo el clamor incontenible del pueblo crucificado, la voz de los sin voz que levantaran Rutilio Grande y Monseñor Romero. A uno y otro hace el libro marcadas referencias, que los unieron en la vida y el martirio.

La memoria que se hace de ellos no se queda en su biografía y su muerte, —sólo a los finados se dejan flores, diría un campesino. Sus vidas y su muerte se ha tornado torrente de vida inquietante y retador, memorial que provoca y ha desatado mucha solidaridad con este pueblo. Se han seleccionado un tanto al azar (pp. 13-14) testimonios, unos cuantos y no los más significativos en comparación de los que se pudieran haber reunido. Pero bastan y sobran como para aburrir a cualquiera que lee el libro de corrido. La acumulación deshilvanada, la repetición de muchos datos y el desorden lógico y formal es la debilidad del libro a la par que la alternativa que hallamos si queríamos que su publicación apareciera para el aniversario. Otros jardineros vendrán, se apunta en la introducción, a la vez que se advierte el alcance y el método pretendido. Con el producto tal cual está dejo constancia y me temo que el progreso "circular y envolvente, poco lineal" (p.14) no lo descifrarán sino los avezados a la lectura de novelas de este género.

El cuerpo del libro contiene siete apartados, dedicados, el primero, a las mujeres y los restantes a cada uno de los jesuitas. Se abren todos —primer subtítulo de cada capítulo— con palabras alusivas a ellos o con extractos de trabajos que se han publicado después de su muerte. Y se cierran los mismos con una sucinta biografía de cada uno y un poema o canción de dispar calidad lírica. La fuente principal de aquéllo, como de otros aportes, es el número monográfico de *ECA*, "In memoriam" (1989, 493-494), que tiene la información y elaboración de la revista enseña de la UCA, y que será punto obligado de referencia para quien en un futuro retome este asunto.

Entre el inicio y final de cada apartado, más dedicados a cada uno en particular, van confluendo —amontonándose a veces— varios aportes y testimonios de índole, estilo, factura y procedencia muy diversa. Constituyen el grueso del capítulo y las reacciones, vida y solidaridad que aquellas muertes han ido generando. Como puede percibirse, desde el índice van numerados y llevan subtítulos —más sugerentes que otra cosa—, pero en vano se les ha de buscar secuencia lógica o cronológica. Más bien proceden, a veces, por contraste. La gimnasia mental del lector habrá de saltar del antes, al después o al momento de la muerte; de Morazán a Roma o de Nueva York a Lusaka... de lo que dice un congresista estadounidense a los campesinos de una repoblación, de un obispo o cardenal a una mujer sencilla de suburbio. Por basarse en testimonios escritos, ya publicados casi siempre, no abundan, como sería deseable, los aportes más populares de El Salvador. Si la realidad y el tiempo no urgen tanto, quedará como tarea pendiente para el futuro.

Entre Celina y Elba, realidad y símbolo de los pobres de esta tierra, (capítulo 1, p. 33) y el evangélico hacerse pobre con los pobres de Lolo, (capítulo 7, p. 367) cómo se llegó al 16 de noviembre en torno a Nacho (capítulo 2, p. 63). Ese proceso personal, comunitario, su cometido universitario van haciendo fecundos sus sudores. Se torna creíble y esperanzado para muchos, mientras temible y peligroso para otros, quienes les llegan a aborrecer visceralmente. Tenían demasiada verdad y "se

les mata porque estorban” como diría Monseñor Romero. Noche negra, abundó la muerte, pero... parecía día sobre la colina de la UCA, aseguró alguien. Los ojos insomnes del tecolote del emblema de la UCA se quedaron estupefactos y desde entonces adivinaron más cruz en su horizonte. Es el capítulo 3 (p. 113), en torno a Amando. Desde el entierro “la UCA y el pueblo herido dictan la misma lección desde su cátedras-fosas”, diría bellamente don Pedro Casaldáliga en versos tan atinados y justos como en su día lo hiciera con aquel “San Romero de América, pastor y mártir nuestro”. Es el capítulo 4, dedicado a Pardito (p. 161).

Los capítulos 5 (p. 223), dedicado a Montes, y el 6 a Ellacuría (p. 291) recuerdan esa memoria incómoda que a pocos deja indiferentes. Ha provocado torrentes de solidaridad y “el caso jesuitas” se ha convertido en el test histórico que, cuanto más demora y encubre, esclarece más la realidad de fondo, que fue el empeño por el que se desvivieron los mártires en su afán de transformarla. La conmoción interna, sólo equiparada por la muerte de Monseñor Romero, ha superado después en movilización desde repoblaciones de campesinos que llevan sus nombres hasta el desfile ininterrumpido de los citados a declarar (p. 471) y se ha constituido en noticia obligada cada día. Es claro que esto ha sido posible por el clamor, la solidaridad y la presión internacional, encabezada por Estados Unidos. En tal sentido, “el caso jesuitas” es el hito en la historia de este país y sigue ahí como piedra de escándalo nacional e internacional. Es el revulsivo que arroja luz sobre los demás.

En el primer anexo se dibuja el perfil de la complicada trama y una cronología en estilo sincopado de la misma y lleva por título “Un año — uno más— de impunidad”, mientras que el segun-

do anexo extrae algunas reflexiones que van poniendo el dedo en los puntos dolientes del mismo. Termina con la consideración que hoy está en el ambiente de derribar muros y reducir armamentos. Se han enfrentado dos escuelas, ha dicho un matutino de San Salvador. Una inerte con la sola fuerza de la verdad en su voz. La otra prepara para la guerra y no ve más alternativas “que ellos o nosotros” al aparecer el discurso de los comandos élites que fueron enviados a matar a los jesuitas. No cabía el “tú, no; yo tampoco. La verdad, y vamos juntos a buscarla” que dijera el poeta.

No es de extrañar que haya desconfianza de los recortes del presupuesto, de efectivos y en la depuración de las fuerzas de seguridad. Hay que cambiar la escuela si se quiere un ejército para la democracia y que llene realmente el papel que le asigne la constitución. Lo demás, elecciones incluidas, son paños calientes que palian la calentura, pero no curan la enfermedad introyectada por un largo historial de inseguridad, causado sobre todo por los así llamados cuerpos de seguridad. Este parece ser el punto focal y el nudo gordiano que en estos momentos traba los diálogos y negociaciones del gobierno y el frente. Resumimos, en fin. *Mártires de la UCA* es una muestra a media distancia entre “el *souvenir* y el *collage*” hasta el primer aniversario de las muertes con una cosecha de testimonios de vida y esperanza; a partir de aquellas, los granos de trigo caídos y sembrados en tierra buena están dando hasta el ciento por uno. Vida que no se ha podido encerrar en unas tumbas, ni en muchas páginas, ni hacerla propia de una hartada que indigesta.

Lo dicho en la última frase de la contraportada. Es un libro sobre la vida, para pensar, para meditar, para convertirlo en oración.

Salvador Carranza